

DOMINGO XXVIII TIEMPO ORDINARIO. CICLO A.

Mt. 22, 1-14

Jesús tomó de nuevo la palabra y les dijo esta parábola: –Con el reino de los cielos sucede lo que con aquel rey que celebraba la boda de su hijo. Envío a sus criados para llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. De nuevo envió otros criados encargándoles que dijeran a los invitados: «Mi banquete está preparado, he matado becerros y cebones, y todo está a punto; venid a la boda». Pero ellos no hicieron caso, y se fueron unos a su campo y otros a su negocio. Los demás, echando mano a los criados, los maltrataron y los mataron. El rey entonces se enojó y envió sus tropas para que acabasen con aquellos asesinos e incendiasen su ciudad. Después dijo a sus criados: «El banquete de boda está preparado, pero los invitados no eran dignos. Id, pues, a los cruces de los caminos y convidad a la boda a todos los que encontréis». Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos; y la sala se llenó de invitados. Al entrar el rey para ver a los comensales, observó que uno de ellos no llevaba traje de boda. Le dijo: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?». Él se quedó callado. Entonces el rey dijo a los servidores: «Atadlo de pies y manos y echadlo fuera a las tinieblas; allí llorará y le rechinarán los dientes». Porque son muchos los llamados, pero pocos los escogidos.

CUENTO: FIESTA EN EL CASTILLO

El pueblo que rodeaba la colina se despertó al oír al mensajero del rey que leía un bando en medio de la plaza.

- “Se hace saber a todos que nuestro bienamado rey invita a todos sus buenos y fieles súbditos a participar en la fiesta de su cumpleaños. Cada uno de los que asista recibirá una agradable sorpresa. Pide a todos un pequeño favor: cada uno de los participantes a la fiesta tenga la cortesía de llevar un poco de agua para llenar en depósito del castillo que está vacío...”

El mensajero repitió varias veces la proclama, luego dio marcha atrás y escoltado por los guardias volvió al castillo.

En el pueblo se levantaron los comentarios más diversos.

- ¡Bah! El tirano de siempre. Le sobran criados para hacerse llenar el depósito...Le llevaré un pequeño vaso de agua y ¡basta!.

- ¡Qué va! ¡Siempre ha sido bueno y generoso! Yo le llevaré un barril.

- Yo...un dedal y es más que suficiente.

Llegó el día de la fiesta, Aquella mañana un extraño cortejo subía la colina hacia el castillo. Algunos llevaban al hombro pesados barriles o jadeaban en la cuesta cargados con grandes cubos de agua. Otros se mofaban de sus compañeros y llevaban pequeñas garrafas, botellines o incluso un pequeño vaso en una bandeja.

La procesión entró en el patio del castillo. Cada uno vaciaba el propio recipiente en el gran depósito. Lo dejaba en un rincón y, luego, se dirigía contento hacia la sala del banquete.

Asados y vinos, frutas, pasteles, bailes y cantos se sucedieron hasta bien entrada la tarde. Al anochecer el rey dio las gracias a todos y se retiró a sus habitaciones.

- ¿Y la sorpresa prometida? – protestaron algunos, contrariados y desilusionados.

Otros se mostraban alegres y satisfechos

- El rey nos ha obsequiado con una fiesta estupenda.

Cada uno, antes de marchar, pasó a recoger sus vasijas. Estallaron, entonces, gritos cada vez más fuertes. Gritos de júbilo y de rabia. ¡Las vasijas había sido colmadas hasta el borde de monedas de oro!

- ¡Ay, - se lamentaban muchos- si hubiera traído un poco más de agua..!
¡Se me habría convertido en oro!.

ENSEÑANZA PARA LA VIDA:

El Papa Francisco ha advertido muchas veces sobre la tentación actual de hacer un "cristianismo a la carta", a nuestra medida, donde se toma lo que interesa y se rechaza lo que nos incomoda, un cristianismo "descafeinado", como todo lo que hoy consumimos, sin sustancia, sin garra, un cristianismo acomodado. Y claro, de esta manera ¿a quién vamos a convencer de la novedad radical y revolucionaria del Evangelio? ¡Cuántas excusas! Para Dios, lo último; para las demás cosas, todo. Como las excusas de los invitados a la boda, nosotros también le ponemos al Señor todas las "pegas" del mundo cuando nos invita a su banquete, a su Eucaristía, a vivir en radicalidad su Evangelio. Como les pasó a los invitados del cuento de hoy que, por poner excusas y por ser tacaños en su respuesta a la invitación del rey, se perdieron recibir el mejor de los tesoros, el propio amor de Dios, más valioso que todo el oro del mundo. ¡Qué hemos hecho del cristianismo! Lo hemos convertido en una caricatura, hemos hecho que la sal se vuelva sosa y hemos escondido la vela debajo de la cama. Se nos había un inmenso tesoro y lo metemos bien adentro de la tierra para que nadie lo encuentre. Preferimos enredarnos en nuestros "negocios" humanos antes de salir corriendo cuando Dios nos llama a trabajar por el Reino de Dios. En el Evangelio, el señor de la parábola se siente dolido por la negativa a asistir de los que estaban invitados en primer lugar al banquete. En aquella época los judíos, los fariseos, en la nuestra los que nos llamamos cristianos de toda la vida, los aparentemente "cumplidores" e "intachables". Nos creemos con derechos adquiridos, salvados porque nos lo merecemos. ¿Para qué preocuparse de más? Pero el Evangelio no funciona así. A la fe se llega por una conversión del corazón y de la vida, y una adhesión a la persona de Jesucristo como Centro y Eje de nuestra existencia toda. Estamos pagando un cristianismo de "cristiandad", basado en una fe que es herencia más que don, cultura más que convicción, barniz más que profundidad. Y Dios se siente dolido, aunque quizá no es nuestra la culpa del todo. E invita a los pobres, a los que están fuera, a los que no cuentan,

a los que aparentemente son poco religiosos, a los que están al margen y en las cunetas de la vida. Para Dios, los más sencillos, los más necesitados, los más indigentes, son los preferidos en el banquete del Reino. Estar o no con ellos y por ellos, es la contraseña que debemos entregar para participar en ese Reino.

Estarán los Obispos en Roma en un Sínodo dedicado a la Familia, esa Iglesia doméstica donde se vive el gran que es el Amor. Es alarmante que la Biblia sea tan poco "comida", leída y conocida entre los propios católicos. Lo mismo ocurre con la Eucaristía, el sacramento fundamental que alimenta nuestra fe y nos hace Iglesia. ¿Qué está pasando?. ¿Por qué los principales invitados al Banquete son los que más excusas ponen a la hora de asistir?. ¿Será que no aprecian o rechazan la invitación?. ¿O en realidad nunca el banquete de la Palabra y de la Eucaristía como una respuesta a esa maravillosa invitación de Dios?. ¿O en realidad es la Eucaristía y su forma de celebrarla, la poca conexión de lo que allí se dice y se vive con la vida real de las personas, la poca sensación de comunidad que muchas veces se refleja en ellas, lo que hace que para mucha gente "cristiana" este sacramento no signifique nada?

No sé toda la respuesta, ni tengo las mágicas soluciones. Quizá es necesaria una seria purificación. Quizá debamos volver a las Eucaristías vivas y comunitarias de los primeros cristianos, reducidas, con calor humano, con entusiasmo de fe, a las celebraciones de la Palabra donde Dios nos hable comunitariamente y nos haga encarnar su mensaje de ayer y de siempre.

Porque no puede ser que para una gran masa de cristianos, el encuentro con Cristo y con la comunidad no sea algo fundamental casa domingo. Me invito a reflexionar seriamente como sacerdote y como cristiano. Me animo a seguir haciendo de la Eucaristía una fiesta de encuentro, un alimento de la fe y un estímulo para el testimonio, un compartir y hacer vida la Palabra viva de Dios

¡QUE DISFRUTÉIS DE LA FIESTA DE LA VIDA A LA QUE DIOS NOS INVITA CADA DÍA, CADA DOMINGO, Y QUE NO SEAMOS TACAÑOS EN NUESTRA RESPUESTA GENEROSA AL SEÑOR!